EL PAÑO DE LÁGRIMAS.

PERSONAJES.	ACTORES.
INOCENCIA......	Doña Amelia Fernandez.
DOÑA SUSANA...	Doña Emilia Dansán.
D. HOMOBONO...	D. Gabriel S. de Castilla.
D. PERPÉTUO....	D. José Alverá.
CÁNDIDO........	D. Julian Romea.

La escena en Madrid, y á fines del siglo pasado.

Por izquierda y derecha, se entenderá siempre la del actor.

COELLO Y CAMPO-ARANA

EL
PAÑO DE LÀGRIMAS

COMEDIA DE GRACIOSO, EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE

L'AJO NELL' IMBARAZZO

DE GIOVANNI GIRAUD

Representada por primera vez en el Teatro Español
el 6 de Octubre de 1875

MADRID
IMPRENTA DE MEDINA Y NAVARRO,
Calle del Rubio, núm. 25
1875

AL SIEMPRE APLAUDIDO ACTOR

D. GABRIEL SANCHEZ DE CASTILLA

dedican este juguete sus buenos y agradecidos amigos,

Coello y Campo-Arana.

1.er acto

ACTO PRIMERO.

El teatro representa, en los dos actos, una sala de la casa de D. Perpétuo, que sirve de despacho y cuarto de estudio al ayo y á Cándido. Mesa de dos bufetes, con libros, papeles y recado de escribir, á la izquierda, primer término; debajo de ella, un brasero, y á cada lado un sillon de baqueta. Enfrente, un armario de libros, sobre el cual habrá alguna esfera ó busto de yeso. Otro, ropero, en el fondo. Puerta vidriera al foro, por la que se ve el pasillo; otra á la derecha, que da al dormitorio de D. Homobono, y otra á la izquierda, que comunica con habitaciones interiores: esta última tendrá pestillo. Una péndola de caja grande, colgaduras de damasco amarillo deslucido, sillas de lo mismo; y en las paredes, cornucopias, mapas con media caña, estampas religiosas y retratos de familia, completan el adorno de la habitacion. El piso, de baldosas. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SUSANA, *echada en un sillon, con un plumero en la mano*, y D. PERPÉTUO, *que sale por la izquierda poco despues.*

D.ª SUS. No puedo más. Esta maldita erisipela ha acabado con las pocas fuerzas que me quedaban. El médico asegura que todo procede de superabundancia y fogosidad de la sangre...—Pues hay para rato!

D. Perp. (Gritando desde la puerta.) ¡Don Homobono!

D.ª Sus. (Levantándose.) (Ya está aquí el viejo.) Señor...

D. Perp. Tenemos que hablar. (Quitándose las gafas y limpiándolas con el pañuelo: viene muy distraido.)

D.ª Sus. ¿Conmigo?... (Dios mio! Qué será esto?)

D. Perp. Ah! (Volviendo á ponerse las gafas.) Es usted? (No sé dónde tengo la cabeza.) Llame usted á don Homobono inmediatamente.

D.ª Sus. ¿A don Homobono?... (¿Si habrá adivinado...)

D. Perp. Pero ¿no va usted!...

D.ª Sus. Voy, voy... (Si yo pudiera...) ¿Qué le digo, señor?

D. Perp. Que tengo que hablarle... (Doña Susana se le acerca con solicitud.) ¡de lo que á usted no le importa!

D.ª Sus. (No hay más: nos ha descubierto... El fuego y el amor no pueden permanecer ocultos. Voy á decirle que esté dispuesto para todo: si nó, su timidez nos va á perder.)

D. Perp. (Con voz de trueno.) ¡Señora doña Susana!

D.ª Sus. ¡Ay! (Saliendo por el foro muy asustada.)

ESCENA II.

D. PERPÉTUO, *y poco despues* D. HOMOBONO, *por la puerta del foro* (1).

D. PERP. Y luégo dirán que tiene uno mal carácter!—Nó, lo que es mi señora ama de llaves, es capaz de acabar con la paciencia de un santo! Y desde que ha salido de su dichosa enfermedad...

D. HOMOB. (Que esté dispuesto á todo... Que cuente con ella...—¿Qué diantres querrá decir esa bruja con tánto misterio?)

D. PERP. ¡Gracias á Dios que le echo á usted la vista encima!

D. HOMOB. Para servir á usted, señor don Perpétuo.

D. PERP. Venga usted acá.—Usted, que es el ayo de mi hijo, podrá explicarme la razon de lo que está pasando.

D. HOMOB. Pues ¿qué pasa?...

D. PERP. ¿Por qué no come mi hijo?

D. HOMOB. Señor... lo ignoro... pero sospecho que la causa debe buscarse en su falta de apetito.

D. PERP. ¡Esa razon ya se me había ocurrido á mí!

D. HOMOB. Pues yo no encuentro otra.

D. PERP. ¡Corriente! Dejemos á un lado la

(1) Estos dos personajes vestirán casacas de un color parecido.

falta de apetito.—Pero ¿por qué anda siempre por los rincones, pálido como un difunto, con los ojos hinchados de llorar, y pasándose las horas y los dias sin abrir la boca? ¿Por qué no habla mi hijo, señor don Homobono?

D. Homob. Con licencia de usted, voy á repetirle...

D. Perp. ¿Por qué no duerme? ¿Por qué me lo encontré ayer levantado á las nueve y media de la noche?

D. Homob. Voy á repetirle lo que ya le he dicho mil veces. Usted se empeña en tratar á Cándido como á un niño, sin reflexionar que su edad...

D. Perp. Su edad! Su edad! Un chiquillo de veinticinco años!

D. Homob. Justo! Un chiquillo... de veinticinco años. Ahí está el *quid*. Siempre encerrado en casa, siempre estudiando... se aburre... se consume... echa de ménos las bromas de los amigos...

D. Perp. ¡Amiguitos, eh?...

D. Homob. Los atractivos de la conversacion con las mujeres...

D. Perp. (Alborotado.) Mujeres! Mujeres ha dicho usted? No he entendido mal?—Mujeres!—¡Años hace que tan fatal palabra no resuena bajo este techo!—¡Mujeres! ¡Pobrecito mio!—Hasta que sea un hombre, mi hijo no ha de

conocer otro individuo de ese sexo maléfico que doña Susana.

D. Homob. ¿Y doña Susana no es una mujer? (Riendo.)

D. Perp. No señor! No es una mujer: es una vieja!

D. Homob. Ya!

D. Perp. Y creo que hemos hablado lo suficiente sobre la cuestion.

D. Homob. Bien... Usted hará lo que guste, pero Cándido... A mi juicio... Digo yo...

D. Perp. ¿Qué dice usted?

D. Homob. Que debía comenzar á conocer el mundo... á gozar de...

D. Perp. ¿De qué?

D. Homob. De una prudente libertad.

D. Perp. ¡Libertad!... Hombre! ¡Buenos están los tiempos para libertad! La libertad no puede ser nunca prudente! Nada de libertad! Eso, ahora, ni siquiera nombrarlo.

D. Homob. Perdone usted: personas de mucho talento en materia de educacion...

D. Perp. Sí, sí; ya sé donde va usted á parar. Personas de mucho talento! Alguno de esos impíos, empapados en las funestas doctrinas de *Voltaire*, (Pronunciando como va escrito.) *Jota Jaques Rouseau*, y demas *pronombres* de la revolucion francesa.

D. Homob. Jesus! (Tapándose los oidos.)



D. Perp. ¿Lleva usted á mal que los ponga como se merecen?

D. Homob. Sí, buenos los ha puesto usted!

D. Perp. Está bien: usted me hará el gusto de hablar con Cándido y averiguar lo que le pasa. Y ya verá usted como no es lo que cree. Todo será alguna bagatela, algun caprichillo... En fin, si no es cosa cuyo precio exceda de un doblon, prométaselo usted para Pascuas. (Así como así, para entónces ya se le habrá olvidado.)—Y yo me marcho. Tengo que dar los dias al presidente del Consejo de Indias: probablemente me obligará á comer con él. Si á las dos en punto no he vuelto, ustedes se ponen á la mesa.—Ah! y no olvidarse de cerrar el porton hasta despues de la siesta, eh?

D. Homob. Voy á acompañar á usted. (Ambos salen por el foro.)

ESCENA III.

CÁNDIDO, *por la izquierda.*

(Despues de examinar la escena, avanzando cautelosamente.)

Nó, no hay nádie. Voy á escribir la carta. Es preciso. Mi mujer me pide dinero un dia sí... y otro tambien; el niño está vestido de San Juanito; el casero nos invita á desalojar la guar-

dilla. Y, á todo esto, el pan sube que sube... y, con tanto subir, no llega nunca á nuestra habitacion.—¡Valor! ¿Qué es la muerte? Un momento... Un momento bastante malo, pero...

ESCENA IV.

CÁNDIDO *y* D. HOMOBONO, *que entra por el foro.*

D. HOMOB. (Toma! Si está aquí! Ya le podía yo buscar.)
CÁND. Valor! No hay otro remedio! (Sentándose á la mesa y cogiendo una pluma.)
D. HOMOB. (Va á la mesa... Escribe...) (Acercándose de puntillas.)
CÁND. «Esposa mia...»
D. HOMOB. (Será el tema de hoy.)
CÁND. «Anoche, cuando acababa de abrazarte...»
D. HOMOB. (Sí, debe ser el tema.)
CÁND. «Me faltó resolucion para decírtelo. Y al ver á nuestro chiquitin que dormía tranquilamente...»
D. HOMOB. (Ó la leccion de moral.)
CÁND. «Me decidí á darte por escrito el último adios.»—¡Pobrecita! ¿Y voy á tener valor para dejarla viuda?...
D. HOMOB. (Dándole un golpe en la espalda.) ¿Se trabaja, eh?
CÁND. Ah!... ¿Quién! (Levantándose y guardando la carta.)

D. Homob. Quieto ahí...—Pero ¡qué es eso? ¿Por qué guardas ese papel?

Cánd. ¡Don Homobono! (Suplicante.)

D. Homob. ¿Qué papel es ese?

Cánd. ¡Si no es nada!... ¡Le aseguro á usted que... (Temblando.)

D. Homob. ¿Cómo se entiende! ¡Ocultarme á mí lo que escribes! ¡Es éste el respeto que te merece tu ayo! (Viendo que Cándido se echa á llorar, despues de intentar en vano balbucear algunas palabras.) Pero... muchacho... ¡Pues no está llorando? (Bestia de mí!) Hijo mio... (Con este carácter arrebatado...) Candidito... ¿Qué te pasa? (Muy apurado.)

Cánd. Déjeme usted, déjeme usted.

D. Homob. ¡Eh! ¿Qué es eso de «déjeme usted»? ¡Así se me responde cuando vengo...—Esto ya pasa de raya, señorito! Esto ya no se puede sufrir! Ya, hasta su padre de usted extraña esta conducta inexplicable y...

Cánd. Dios mio! Mi padre...

D. Homob. Estamos resueltos á tomar una determinacion séria.—¿Qué significa eso de andar siempre hecho un Jeremías, un huron, un...

Cánd. ¡Pobre de mí!

D. Homob. Vuelta á gipar!... (Volviendo á dulcificar su tono.) Vamos, hombre, tén juicio. Dime lo que te pasa. Es cosa... es cosa de dinero?

CÁND. (Muy contento.) De dinero? ¡Ay! Sí señor!

D. HOMOB. Pues no te apures. Tu padre me ha dicho que para Páscuas te dará un doblon.

CÁND. Un doblon!

D. HOMOB. Y ya estamos en Marzo.

CÁND. ¿Qué hago yo con un doblon?

D. HOMOB. ¡Oiga! ¿Pues tienes tú necesidades superiores á...

CÁND. ¡Ah, mujeres, mujeres!...

D. HOMOB. (Con terror.) ¡Eh! ¿Mujeres! ¿Mujeres has dicho!... Vírgen Santísima! ¿Estás enamorado! ¿Sin salir de casa... ¿Y de quién estás enamorado?—Callas?...—¿De doña Susana?...—Sí, de doña Susana es...—Pero, hombre, eso es un disparate. Reflexiona que esa mujer es vieja para tí y fea para cualquiera. (Claro! No ha visto otra y se ha enamorado de ella.) ¡Jesús! ¿No te da vergüenza... (Ataquémosle por este lado.) Habiendo por ahí á centenares mujeres mejores para tí...

CÁND. Lo sé, don Homobono, lo sé.

D. HOMOB. Es menester que me confieses todo lo ocurrido, para que yo impida que tu padre se entere y haya aquí la de Dios es Cristo!—¡Válgame Dios!

CÁND. Si usted prometiera protegerme, se lo contaría todo.

D. HOMOB. ¿Protegerte!... ¡Yo!...—Este es

el colmo de la desvergüenza.—Hable usted, hable usted. (Cruzándose de brazos.)

CÁND. Nó, señor.

D. HOMOB. ¿Por qué nó?

CÁND. Porque... me parece que se va usted á enfadar.

D. HOMOB. ¡Te parece que me voy á enfandar, eh?...—¡Voto va!—Hable usted.

CÁND. (¿Cómo me libro de...) Ahora no puede ser... Más tarde... Puede oirnos cualquiera y...

D. HOMOB. (En esto no le falta razon.) Voy á evitar ese inconveniente, y así que vea quién hay por ahí, vuelvo.—Espérame aquí. (Saliendo por el foro derecha.)

ESCENA V.

CÁNDIDO; *un momento despues*, INOCENCIA.

CÁND. Casi, casi lo mejor es decírselo. Acaso esta sea la única manera de evitar... —El pobre señor me quiere mucho. Al pronto, gruñirá como siempre; pero luego haré de él, como siempre, lo que me dé la gana.

INOC. (Desde el foro izquierda, á un criado que se supone dentro.) ¿Este es su cuarto?—Bien. Pues diga usted á don Homobono que deseo hablarle.—Es inútil decirle mi nombre: no me conoce.

CÁND. ¡Mi mujer!

INOC. Cándido...

CÁND. ¿Tú aquí, Inocencia!...—¿A qué has venido?

INOC. He venido á ver á tu ayo.

CÁND. Pero... ¡tú estás loca!

INOC. Ya es imposible pasar por otro punto. Tu timidez, tus vacilaciones, nos han puesto en una situacion insostenible. A toda costa hay que salir de ella. He estado aguardándote hasta ahora, sin que llegára á mis manos el dinero que me ofreciste anoche. El casero nos amenazó ayer con hacernos desocupar el cuarto; y ántes de verme en la calle con mi hijo, he querido tentar el último recurso.

CAND. ¿Y no has encontrado otro que venir aquí á comprometerme, á perdernos á todos? ¿No sabes, desdichada, que si te encuentra aquí mi padre...

INOC. Desde mi ventana le he visto salir hace un momento, y he aprovechado esa circunstancia. Tú me has hecho, en distintas ocasiones, mil elogios de la bondad de don Homobono, de la influencia que tiene con tu padre; y vengo á hablarle, vengo resuelta á que me escuche, y estoy segura de interesarle á nuestro favor.

CAND. Muy bien pensado. La idea es excelente... pero... (Hay que alejarla de

aquí.) Yo mismo iba á ponerla en práctica cuando has venido.

INOC. ¿Tú?

CAND. Yo: te juro que no te engaño.—Pero... véte por Dios. Véte en seguida... Y cuenta con que, ántes de media hora, tienes el dinero en casa. Y esta noche te contaré el resultado de la entrevista.—Pero véte ahora; véte, ángel mio; véte y no vuelvas por acá.

INOC. Bien, me iré, pero te prevengo...

CAND. Adios, vida mia, adios.

INOC. Que si dentro de una hora...

CAND. No tengas cuidado... Adios...

INOC. No he recibido...

CAND. Adios! Adios! (Llegan hasta la puerta del foro, Inocencia pugnando por hablar y Cándido empujándola; cuando se despiden dándose un abrazo, aparece D. Homobono y tropieza con ellos. Los tres bajan al proscenio.)

D. HOMOB. ¡Cielos!...

CAND. é INOC. Ay! Ay!

D. HOMOB. ¡Cándido abrazando á una mujer!

INOC. ¡Qué vergüenza! (Cubriéndose el rostro con las manos.)

D. HOMOB. ¡Qué vergüenza! (Remedándola primero, y despues con indignacion.)—¡Qué poca vergüenza!

INOC. Cándido!... (Yendo á ampararse de él.)

CAND. No te importe, tonta; si es mi ayo!

D. HOMOB. ¡Es decir que yo no soy nadie? —¡Me gusta!

Inoc. ¿Este es don Homobono?—Ah! señor, ya sé que es usted muy bueno, muy complaciente...

D. Homob. Pero no tánto, no tánto!

Cand. Ésta es la elegida de mi corazon.—¿Qué le parece á usted?

D. Homob. ¡Me parece muy mal!

Inoc. ¡Ay, que le parezco mal!

Cand. Nuestra vecinita del cuarto interior.

D. Homob. Ah!... ya... sí.—Muy señora mia... Beso á usted los piés. (Variando repentinamente de tono.) Digo... Digo; y cómo me la encuentro á usted de este modo, señora mia?

Inoc. Yo no había vacilado en venir á ver á usted...

Cánd. Segura de ser escuchada...

Inoc. Porque me han dicho que es usted el mejor de los hombres...

Cánd. Que siempre hace el bien gruñendo y á regañadientes... Pero no porque lo haga de mala gana...

Inóc. Claro! Sino porque es tan generoso, que le molesta hasta que le agradezcan el bien que hace. ¿Verdad? (El ayo queda entre los dos y cada uno le tiene cogido de una mano; ha estado mirando al uno y al otro y de pronto dice:)

D. Homob. Pero ¿cómo ha sido esto?

Cánd. Yo...

Inoc. ¿Pues cómo había de ser?

D. Homob. ¿Cómo se han conocido ustedes?

CÁND. Pues...

INOC. Yo lo explicaré todo. Hace dos años mi madre y yo nos mudamos á la casa de al lado. Mi ventana da, por el patio, frente á la del cuarto de Cándido, y miéntras yo le veía estudiar, él me veía coser.

D. HOMOB. ¡Buenos andarían los estudios y los cosidos!

INOC. Despues...empezamos á saludarnos... por cortesía...

D. HOMOB. Veo que es usted una niña muy bien educada.

INOC. Luégo... él me miraba... y sonreía... y yo sonreía y le miraba.

D. HOMOB. Y ¿á usted quién le mandaba sonreir?

INOC. Ay! (Dando un grito, asustada.) No... Nádie...

D. HOMOB. Bien. Adelante!

INOC. De las sonrisas pasamos á las señas... de las señas á los suspiros... En fin, que...

D. HOMOB. ¿Qué? (Encarándose con Cándido.)

CÁND. Que á mí me iba gustando la chica; y con la ayuda de Simon, que era novio de la criada de Inocencia...

D. HOMOB. Ah! ¿Se llama usted Inocencia?...

CAND. Sí señor: Inocencia Arteaga, hija de don Hermenegildo Arteaga, coronel de artillería, muerto en la última guerra...

D. HOMOB. ¡Basta! Ibas diciendo que Simon...

Cánd. Nos llevaba y traía las cartas, y por fin me proporcionó la llave falsa de la puerta, y arregló con la criada de Inocencia cuanto fué necesario para que pudiésemos vernos y hablarnos en su casa.
D. Homob. Y lo cuenta como si fuera lo más natural!... Una muchacha soltera. *¡Oh témpora! ¡oh mores!*
Inoc. Señor...
D. Homob. Siga usted... Siga usted!
Cánd. Una noche...
Inoc. Mi madre nos sorprendió, y despues de convencerse de que nuestro cariño era...
Cánd. Tan grande como inocente...
D. Homob. Sí; te cogió por una oreja y te plantó en la puerta de la calle...
Cánd. Nos autorizó para que siguiésemos viéndonos en su presencia.
Inoc. Con la esperanza de que nos casáramos algun dia.
D. Homob. Ya!—Y mamá, ¿está buena? (Con mucha sorna.)
Inoc. ¡Ay!
Cánd. ¿Qué ha hecho usted!
D. Homob. Yo! Pues ¿qué he hecho yo?
Inoc. Murió al poco tiempo.
D. Homob. Señora, perdone usted mi...
Inoc. Dejándome sola y abandonada... Ya ve usted, ¡á mi edad!...
D. Homob. (Pobrecita!)
Inoc. En sus últimos momentos...

CAND. Yo no pude resistir á sus lágrimas y á sus temores por el porvenir de Inocencia...

D. HOMOB. Sí, y la prometiste...

CAND. Allí mismo, el sacerdote que acababa de confesarla, nos unió para siempre.

D. HOMOB. ¿De modo... que... (Sin atreverse á creer lo que oye.)

CAND. Estamos casados.

INOC. Ya ve usted que aquí no hay ningun escándalo.

D. HOMOB. ¡Casados! Pues ¿qué mayor escándalo que estar casados!—¡Casados! —Cuando don Perpétuo lo descubra... Uf! Yo me ahogo! (Andando por la escena: ellos le salen siempre al paso.)

INOC. Señor! Usted no nos desamparará; usted nos concederá su proteccion...

CAND. No lo dudes: don Homobono es un santo.

D. HOMOB. Mentira! Yo soy un demonio, un tigre: noespereis nada de mí! Os abandono á vuestros remordimientos.

INOC. Señor...

CAND. Considere usted... (Asediándole cada uno por un lado.)

D. HOMOB. No me digais una palabra! Ni una sola. (Gritando primero, andando, y luégo á Cándido, parándose y moderando la voz.)—Pero tú, cómo has hecho para salir de casa?

CAND. Con la llave falsa que me dió Simon. ¿Pues no se lo he dicho á usted?

D. HOMOB. Sí, sí. Calla! No quiero saber más! (El mismo juego de ántes.)—Y tú, desventurada, ¿qué hiciste para enamorarle?

INOC. Yo... Toma! No sé... Lo que hacen todas.

D. HOMOB. Qué cinismo! Qué abominacion! —Y...decidme: ¿vuestro matrimonio es verdaderamente válido?—No lo será...

INOC. ¿Pues nó ha de serlo?

CAND. Claro que sí. Ante el cura de la parroquia...

D. HOMOB. Calla! Calla! Oh! Don Perpétuo pondrá el grito en el cielo. Y con razon: si yo fuera tu padre te mataría.—Y... ¿cuánto tiempo hace que estais casados?

INOC. Un año, señor.

D. HOMOB. Un año!...—Y... ¿habeis estado viéudoos en el trascurso de un año?

CAND. Sí... y hemos tenido un hijo.

D. HOMOB. Un hijo... ¡Un hijo habeis tenido!—¡Qué escándalo!

INOC. Uno sólo, señor don Homobono.

CAND. Uno nada más!—Muy chiquitito... (Marcando con las manos: Don Homobono, al rechazarle, le hace darse en la cara.)

D. HOMOB. Qué importa el tamaño? Y ¿cómo se llama ese fruto del...¿Cómo se llama?

INOC. Angelito, señor.

D. Homob. ¡Angelito! ¡Qué escándalo!
Cand. Si usted le viera... Es tan hermoso... Rubio...
D. Homob. Rubio! ¿Esto más! Esto no se puede sufrir!—Dejadme. Se me va la cabeza! Huid de aquí... Y si nó, huiré yo... y será lo más breve.
Inoc. Nos abandona usted?
Cánd. No nos abandone usted! (Cogiéndole por la manga de la casaca.)
D. Homob. Suelta! Suelta esa manga!
Inoc. Déjale, Cándido. Déjale marchar. No esperes ablandar el corazon de ese viejo: no le tiene.
D. Homob. (Volviendo desde el foro.) ¿Qué dice usted? ¿Que yo no tengo corazon!...
Inoc. Si lo tuviera usted, se compadecería de nosotros.
D. Homob. ¿Y no me compadezco?...—Es decir... (Reponiéndose en seguida.)
D. Perp. (Dentro.) ¡Don Homobono!
D. Homob. ¡Tu padre!—¡Allá voy!
Inoc. ¡Sálveme V.! (Dejando caer el pañuelo de la mano.)
Cánd. ¿Qué hacemos?
D. Perp. Pero ¿dónde está usted metido?
D. Homob. Aquí! Digo, ¡allí! Por el otro lado!—Venid. Pronto!... Entra tú ahí, en mi alcoba. (Haciendo entrar á Inocencia en la alcoba.)—Allá voy, señor...—El pañuelo, muchacha; que te dejas el pañuelo! (Volviendo á abrir la puerta, dándoselo y cerrando al instante.)

ESCENA VII.

DICHOS y D. PERPÉTUO. *D. Homobono queda delante de la puerta de la alcoba, temblando y con los ojos espantados.*

D. PERP. Gracias á Dios que doy con usted! (Dejando el baston y el sombrero sobre la mesa.)

D. HOMOB. Per... perdóneme usted... Estaba... (Echando la llave á la puerta y guardándosela rápidamente.)

CÁND. (Disimulemos.) Bien venido, padre mio. (Besándole la mano.)

D. PERP. Don Homobono, ¿por qué cierra usted esa puerta y se guarda la llave con tánta precipitacion?

D. HOMOB. Porque... Le diré á usted por qué.—Por nada. (Con angustia.)

CÁND. (Yo tiemblo.)

D. PERP. Ahora salimos con que el presidente es José de Calasanz.—Pero ¿qué diablos le pasa á usted? Está usted inquieto...

D. HOMOB. (Moviéndose mucho.) Yo... ¿inquieto? Nó...

D. PERP. (Dando un paso.) ¿Qué hay en esa alcoba?

D. HOMOB. (Acercándose más á la puerta, maquinalmente.) ¿Aquí!...

CÁND. (Ap. al ayo.) (Tenga usted serenidad.)

D. HOMOB. Aquí hay... Lo que hay aquí...

—Jé, jé! Se va usted á reir cuando sepa lo que hay aquí. (Con risa forzada.)

D. PERP. ¿Qué hay?

D. HOMOB. (Trabajosamente.) ¿Se acuerda usted de que doña Marcelina prometió regalarnos un gato de Angola?

D. PERP. Pero ¿qué tiene que ver?...

D. HOMOB. Pues... ya está el gatito en casa... Y lo tengo encerrado en mi cuarto para que no se escape.

D. PERP. Ya!—Y es de Angola?

D. HOMOB. De Angola, sí señor. Tan blanquito, tan mono! Precioso animal.

D. PERP. ¿Sí? Ya me ha hecho usted entrar en curiosidad de verle.

D. HOMOB. (Bestia de mí!)

CAND. (Nos hemos lucido.)

D. PERP. A ver... Sáquelo usted...

D. HOMOB. Pero... señor! Si hablaba en broma! Si es un gato feísimo... cojo, tuerto... negro...

D. PERP. Un gato de Angola negro! Hombre, eso es digno de verse. Déme usted la llave.

D. HOMOB. Nó, lo que es eso... La llave no la doy. Porqué... porque se me ha perdido.—¿Dónde estará la llave? (Buscándola en los bolsillos, dando con ella y volviendo á ocultarla en seguida.)

D. PERP. Basta, señor mio. Su aturdimiento de usted me dice bien claro lo que aquí pasa. Usted me engaña.

D. Homob. ¡Yo!

D. Perp. Aquí no hay tal gato encerrado.

D. Homob. ¿Que no hay gato encerrado? ¡Señor, me dejo ahorcar si no es cierto que aquí hay gato encerrado!

D. Perp. Pues veámoslo: déme usted la llave. No admito otra justificacion.

D. Homob. La llave... (Aquí del ingenio.) Tome usted la llave... (Alargándosela á D. Perpétuo con una mano, accionando con la otra y retirando la llave cuantas veces va aquél á cogerla, dándole en el brazo al accionar.)

Cand. (Que nos pierde usted!)

D. Homob. (Chist!) Tome usted la llave... Puesto que veinte años de servicios...— Tome usted la llave.—Veinte años de conducta intachable, no bastan á defenderme de una necia sospecha.— Tome usted la llave, tome usted... Tome usted y abra, y convénzase de su injusticia... Abra usted, abra usted! (Metiéndose la llave en el bolsillo.)

D. Perp. Déme usted la llave y abriré!

D. Homob. (Suspirando.) (Ay!) Pero, hecho esto, usted buscará otro ayo para su hijo. Yo me marcho ahora mismo de esta casa. Tome usted! (El todo por el todo.) (Entregando la llave á D. Perpétuo.)

Cand. (Somos perdidos!)

D. Perp. Hombre... (Avergonzado, mirando alternativamente á la llave, á la puerta y á D. Homobono.)

D. Homob. Ahora mismo. ¡Páselo usted bien! (Cogiendo el sombrero y el baston, que ántes dejó sobre la mesa D. Perpétuo.)

D. Perp. Que se lleva usted mi baston y mi sombrero...

D. Homob. ¡Lo mismo da! En vano trata usted de detenerme. (Andando muy despacio.) Estoy resuelto. Adios, Candidito. Adios, hermoso. (Maldita sea tu alma!) (Fingiendo hacerle una caricia y dándole un pellizco.)

Cánd. (Uy!...)

D. Perp. ¡Oiga usted!

D. Homob. ¡Hasta nunca!

Cánd. (Pero... ¿se va usted de véras?)

D. Perp. Ruégale tú que se quede.

D. Homob. (Sí, ruégame tú que me quede.) —Es en vano! No se canse usted!

Cánd. No se vaya usted.

D. Perp. Yo confieso que... Me he acalorado, pero no he querido ofenderle. No hay razon para que usted se marche.

D. Homob. ¿Usted cree que no hay razon!... (Volviendo furioso desde el fondo: quitándose de pronto el sombrero y dejándolo con el baston sobre la mesa con un fuerte golpe.)—Bien, pues me quedaré! Pero, á condicion de que abra usted esa puerta, para que vea lo que tengo encerrado en mi alcoba; que no es un gato, como he dicho ántes, sino una mujer!

D. Perp. ¡Jesus!

D. Homob. Esa mujer es mi querida!

D. Perp. (Ap. al ayo, y azorado.) (Don Homobono, modere usted su lenguaje por Dios... Que nos oye el niño!...)

D. Homob. (No está mal niño!) Abra usted, abra usted!

D. Perp. De ningun modo.

D. Homob. ¿Usted no abre? Pues yo abriré. —Venga la llave. (Yendo á cogerla.)

D. Perp. ¡Nó!

D. Homob. Pues echaré la puerta abajo.

D. Perp. Tome usted! Tome usted! Tome usted!

D. Homob. (Y... ¿qué hago yo ahora?) (Con la llave en la mano.)

D. Perp. Tome usted... á condicion de no abrir la puerta.

D. Homob. (Esto es lo que yo quería.)

D. Perp. ¿Está usted contento?

D. Homob. Mentiría si dijera otra cosa. (Respirando con satisfaccion.)

D. Perp. ¿Podemos hablar?

D. Homob. Todo lo que usted quiera.

D. Perp. Vete de aquí, niño, y dí que no bajen á cerrar el porton...

D. Homob. y Cánd. (Ah!) (Respirando con alegría.)

D. Perp. Que yo lo he cerrado ya.

D. Cánd. (Buenos estamos.)

ESCENA VIII.

D. PERPÉTUO *y* D. HOMOBONO.

D. HOMOB. (Yo debo estar ofendido.) Me ha herido usted en mi dignidad y... nunca podré olvidar que... (Paseando por la habitacion.)

D. PERP. Supongo que habrá usted cumplido mi encarguito.

D. HOMOB. (Esta es la mejor ocasion para intentar algo en favor de esos infelices.)

D. PERP. ¿Habló usted con el niño...

D. HOMOB. Sí señor; hablé, y lo sé todo.

D. PERP. ¿Y qué es todo? Nada, por supuesto.

D. HOMOB. Nada... (Una friolera!)

D. PERP. Qué es lo que quería? ¿Qué se le había antojado?

D. HOMOB. Nada... Ya tiene todo lo que le hace falta.—Vamos, don Perpétuo, póngase usted la mano en el corazon y contésteme con ingenuidad: ¿qué ha hecho usted en su juventud?

D. PERP. ¿Yó!...

D. HOMOB. Aquí puede usted hablar seguro. Entre nosotros...

D. PERP. (Con extrañeza.) Bien, ¿pero...

D. HOMOB. ¿Cree usted que yo me he pasado la vida rezando el rosario?—Ya tengo

yo mis noticias de que el señor don Perpétuo Quintanilla, cuando tenía veinte años, y era, eso sí, lo que se llama un buen mozo...

D. Perp. Jé, jè. (Sonriéndose.)

D. Homob. Se escapaba los domingos de la tienda de su padre, y, allá en Hortaleza y en el soto de Migas-Calientes, armaba cada merendona y cada bailoteo con sus parroquianas, que...

D. Perp. No! No era en Hortaleza ni... En la pradera del Corregidor era donde yo...

D. Homob. Diga usted... ¿Qué se hizo de aquella pobre muchacha...

D. Perp. De la... Damiana...

D. Homob. Nó, nó, de la otra... De la... —¿Cómo diantres se llamaba...

D. Perp. ¿La malagueña?

D. Homob. Justo!—Aunque nó; creo que no era malagueña. (Lo ménos te he de sacar tres.)

D. Perp. Ah! Sí. Sería la Paquita, la sobrina del covachuelo.

D. Homob. Eeeésa misma!

D. Perp. La Paquita! Esa sí que era una buena moza... Qué pié!... Qué boca!... Qué cintura!...—No tuvo San Antonio tentacion como ella.

D. Homob. (La cosa va por buen camino.)

D. Perp. ¡Con qué gracia se recogía las

faldas al pasar de una acera á otra, mostrando al descuido la pierna mejor contorneada!...

D. Homob. ¿Y eso era al descuido...

D. Perp. Qué cara ponía cuando yo la hablaba!...

D. Homob. (Me lo figuro. Pobre criatura!)

D. Perp. Pues, ¿y cantando el ole y el vito? ¿Y cuando bailaba un minué... (Marcando el paso.) Qué elegancia! ¡Qué modo de hacer la reverencia... Lin, liron, la, lará...

D. Homob. (Fíese usted de los hombres de órden.) Pero veo que es usted un músico y un danzante, un bailarin quiero decir, de lo que no se ve por ahí.

D. Perp. Ya no me queda más que la aficion y el compás.

D. Homob. (Ya está blandito como una breva.)

D. Perp. ¡Ay, qué recuerdos, Dios mio, qué recuerdos!

D. Homob. Demasiado sabía yo que usted, al fin y á la postre, se había de convencer. (Muy satisfecho.)

D. Perp. (Poniéndose serio.) Convencer... ¿de qué?

D. Homob. Pues... de que... el niño... ya tiene edad... Porque hay una edad en que...

D. Perp. Ah! Ya!...—¡Usted ha querido tenderme un lazo para arrastrarme á que

abandone á mi hijo en esa senda de disolucion, por donde yo estuve á punto de extraviarme; de la que ya he salido afortunadamente!

D. Homob. (Lástima fuera! Y ya no puedes con los calzones!)

D. Perp. No señor; por lo mismo que conozco á dónde puede conducir ese género de vida...

D. Homob. (Me salió el tiro por la culata.) Habla usted como un libro. (Vamos por otro lado.) Esa vida puede traer consecuencias terribles... y, por otra parte, el hombre más formal, está expuesto á caer en tales debilidades... Usted tiene un ejemplo en sí mismo.

D. Perp. (Hum!)

D. Homob. Por la misma razon, y siendo, como es, un padre modelo, debe procurar que su hijo se mantenga libre de...

D. Perp. ¡Pues ya lo creo que lo procuraré!

D. Homob. El medio es muy sencillo,—¿Por qué no lo casa usted?

D. Perp. ¿Casarlo!...—¡Qué barbaridad!

D. Homob. (¡Adios mi dinero!)

D. Perp. Casarlo... ¡á los veinticinco años! —Mi padre no me dejó casar á mí hasta los cuarenta... y más de una vez me ha parecido que había sido demasiado pronto!

D. Homob. (Pues señor, me lucí!) Pero...

D. Perp. Basta, basta... Usted no anda bueno. Usted tiene algo en la cabeza. (Hay que buscar un ayo para el ayo.) Hasta otro ratito. (Hay que vigilar á este don Matusalén Tenorio.)

ESCENA IX.

D. HOMOBONO; *en seguida*, INOCENCIA.

D. Homob. Bien! Muy bien! Retebien!—Y ¿qué hago yo ahora?... ¿Por dónde saco á esa infeliz?... El porton está cerrado... Y no lo abrirán hasta las cuatro... Y ella sin comer en tantas horas...—Voy á decirle lo que ocurre...

Inoc. (Saliendo cuando él llega á la puerta.) Don Homobono...

D. Homob. (Retrocediendo espantado.) Eh!... Cielos! ¿Por dónde has salido!

Inoc. ¡Si se había usted dejado la puerta abierta!

D. Homob. Entra, entra en seguida!

Inoc. No señor! Yo quiero marcharme... Mi hijo está solo...

D. Homob. Ahora no puede ser.

Inoc. Necesito irme!

D. Homob. Imposible! Oigo pasos...—Adentro! (Entra Inocencia.)

ESCENA X.

D. HOMOBONO *y* DOÑA SUSANA.

D.ª Sus. Ay, don Homobono! No puede usted figurarse el ánsia que tenía de verle á solas...—¿Qué ha dicho, qué ha dicho don Perpétuo?

D. Homob. Señora! (¿Qué es esto?)

D.ª Sus. Aunque usted no se ha explicado claramente conmigo...

D. Homob. Pero ¿qué había de explicar á usted?

D.ª Sus. Lo sé todo.

D. Homob. Todo!

D.ª Sus. Lo sabía hace mucho tiempo!

D. Homob. Pues... en ese caso... inútil es recomendarle que tenga prudencia.

D.ª Sus. Yo estoy en ello tan interesada como usted.

D. Homob. La suerte... la vida de dos personas que se aman...

D.ª Sus. Ay!... (Gracias á Dios que pronunció la dulce palabra!)

D. Homob. De modo que... ¿puedo contar con usted...

D.ª Sus. Con una condicion.

D. Homob. La que usted quiera.

D.ª Sus. Ha de pedirme usted perdon, de rodillas, por haber dudado de mí.

D. Homob. (¡Yo arrodillado á los piés de esta vieja!)

D.ª Sus. ¡Qué... ¿vacila usted?

D. Homob. (Vaya un capricho!) Pero... ¿habla usted en serio?...

Dª. Sus. Si vacila usted, soy capaz de...

D. Homob. No, señora, no! Perdon!

ESCENA XI.

DICHOS, CÁNDIDO, *por el foro, y un momento despues*, D. PERPÉTUO *por la izquierda.*

Cand. Don Homobono.—¡Ah!...

D. Homob. ¡Uff!...

D. Perp. ¿Eh?...

D.ª Sus. ¡Oh!... (D. Homobono trata de levantarse y la turbacion le hace caer de nuevo.)

D. Perp. ¿Qué es esto? Usted arrodillado á los piés de doña Susana!

D. Homob. (Se cayó la casa á cuestas.)

Cand. (No se apure usted; ya lo arreglaremos.)

D.ª Sus. (Respetó al honor de una doncella!) (Ap. á D. Homobono.)

D. Homob. (Levantándose, y despues de una ligera pausa, que tiene lugar miéntras D. Perpétuo se pone las gafas y le contempla con ira y asombro á la vez.) ¡Sí señor! A los piés de doña Susana; y no para cogerle el pañuelo que se le habia caido... (Tomándoselo de la mano con disimulo, mostrándolo y devolviéndoselo.) ¡sino haciéndole una declaracion

de amor, que tengo en los labios desde que la conozco! (D. Perpétuo da un salto atrás.) Besándole la mano. (Haciéndolo.) Así!... (Uy, qué asco!) (Escupiendo.) Porque estoy muerto por ella. (Y es verdad.)

D.ª Sus. (No seas temerario!—Ay! que te he hablado *de tí*...—digo *de tú.)*

D. Perp. Pero... ¿qué dice usted?

D. Homob. ¡Lo que usted oye! A mí me gustan las mujeres formaditas y acondicionadas.—Señora, cuando usted guste, iremos á la Vicaría. (Cogiéndola del brazo.)

D. Sus. (Ay qué rubor!)

D. Perp. ¿Usted habla en broma ó de véras?

D. Homob. Nos casaremos cuando usted guste.

D. Sus. (Ap. á D. Homobono con coquetería.) (¿Cuando yo guste?)

D. Homob. (O lo que es lo mismo: cuando se haya acabado el gusto en el mundo.)

D. Perp. ¿Le parece á usted que tengo yo humor para bromitas!... (Dirigiendo una mirada colérica á D. Homobono y saliendo por el foro: aquél no ha cesado de pasear por la escena á doña Susana, volviendo con ella al proscenio al llegar á cualquiera de las puertas. Por fin, el ama de llaves se rinde, se suelta del brazo del ayo y se echa en un sillon haciéndose aire con el pañuelo. D. Homobono sale por la izquierda, despues de dar un bofeton á Cándido, que se dispone á seguirle. Todo con la mayor rapidez posible.)

D.ª Sus. Esta emocion va á acostarme otra erisipela. Lo estoy conociendo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Tedon

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

INOCENCIA *y* CÁNDIDO. *Éste sale por la puerta del foro; se asoma á la de la derecha, abre, y aparece aquélla.*

CAND. Inocencia.—No temas, soy yo.

INOC. Esposo mio!

CAND. No tengas cuidado. Todavía están comiendo, y yo me he venido á los postres con un pretexto para...

INOC. ¿Para sacarme de aquí?—Vamos.

CAND. Ahora es imposible: hasta las cuatro no abrirán el porton, y te verían salir. Nuestra torpeza fué encerrarte cuando llegó mi padre: tú viniste á ver á don Homobono, y no había inconveniente en que te hubieras marchado delante de él. Ya se ve! En el primer momento... La sorpresa... el temor...—Porque tú no sabes lo que es mi papá... Es una fiera!

INOC. Ay! Sí?
CAND. Sí... Pero sólo cuando se enfada.
INOC. Ay Vírgen Santísima de los Dolores! Si nos descubriese!...—Véte, véte al comedor, y por Dios, busca la manera de que yo salga de aquí. El niño está al cuidado de doña Jesusa; pero, si se despierta, tendrá hambre...
CAND. Es verdad.
INOC. Véte al comedor, no te echen de ménos.
CAND. Nó: el ayo queda allí, y si le oimos toser, es señal de que álguien se dirige hácia acá.
D. HOMOB. (Dentro, tosiendo.) Ejém, ejém!
CAND. Al escondite! Será mi padre. (Despues de hacer entrar á Inocencia y cerrar.)

ESCENA II.

CÁNDIDO *y* D. HOMOBONO, *por el foro.*

D. HOMOB. Ejém, ejém! (Entrando y tosiendo con más fuerza, miéntras deja una cesta en el armario.)
CAND. Ah! Es usted?—No me ha dado usted mal susto! ¿Por qué diantres tose usted con tánta fuerza?
D. HOMOB. Hombre! Porque tengo tos! Me gusta la salida!
CAND. Como habíamos convenido...
D. HOMOB. ¿Vais tambien á impedirme que

tosa cuando tenga gana? ¡Cria cuervos...—No, cuando me volvais á coger en otra...—Porque, te lo advierto muy formalmente, yo he concluido ya de tomar parte en este belén... Vosotros os las compondreis como podais... (Cándido baja los ojos.)—Vamos á ver, ¿y qué hace esa chica?

CAND. Qué ha de hacer? Encerrada ahí...

D. HOMOB. Qué ha de hacer! Qué ha de hacer! Pues es preciso sacarla cuanto ántes. Cada momento que pasa es un nuevo peligro. Tu padre está muy escamado.

CAND. Es cierto... Hay que sacarla cuanto ántes...

D. HOMOB. Hay que sacarla! Y cómo? y cuándo se la saca?—Tú todo lo arreglas en seguida!

CAND. Pues ¿no se ofreció usted?...

D. HOMOB. Tú, tú que eres su marido, cogerás á madama del brazo y la llevarás á su casa.

CAND. Ah! Se vuelve usted atrás?...

D. HOMOB. ¿Qué tengo yo que ver con las calaveradas de un discípulo vicioso y una mocosuela á quien he visto hoy por la primera vez de mi vida! (Pausa: el ayo pasea y se pára de pronto delante de Cándido, que le mira con ojos espantados.)—Esa pobre criatura no habrá comido nada á estas horas...

CAND. No señor... Ni chocolate creo que

tomó esta mañana la pobrecilla...

D. Homob. La pobrecilla! La pobrecilla! No, pues si con la debilidad le da un vahido y se nos pone mala, nos hemos divertido por completo! ¡Por vida de...

Cand. Lo peor no es ella... sino que, cuando vino aquí, dejó el niño al cuidado de la vecina de la guardilla, y el angelito... sin mamar en tantas horas...

D. Homob. Bien... la vecina le dará.

Cand. Si la vecina es soltera!

D. Homob. ¡Soltera! Sólo á tu mujer se le ocurre tener por vecina una mujer soltera! ¿Y el niño no puede alimentarse de otro modo?

Cand. Aún no ha cumplido dos meses...

D. Homob. ¡A los niños debe acostumbrárseles, desde recien-nacidos, á comer de todo!

Cand. ¿Y qué hacemos?

D. Homob. Anda y trae algo de comer á Inocencia. Tú verás cómo lo coges y cómo se lo das.

Cand. Voy...

D. Homob. ¿Dónde vas?

Cand. A traer...

D. Homob. ¡Pues no te he dicho que yo lo he traido ya?—Ponte de centinela en la puerta.

Cand. ¡Qué bueno es usted! (Queriendo abrazarle; el ayo le da un empellon.)

D. Homob. Silencio!... ¡Quieto ahí!—Procedamos con precaucion... Don Perpétuo se había echado á dormir la siesta... Por aquí, no hay nada que temer. Sin embargo, voy á echar este ~~pestillo~~. cerrojo (El de la puerta de la izquierda.) Más vale un por si acaso... (Saca la cesta y examina lo que hay dentro de ella.) Hombre! Me parece que con medio pollo, y unas magritas, y un panecillo, y un traguito de Jerez, tendrá bastante. Como está criando... Debe tener un hambre canina. (Llamando.) Inocencia! —Abre: soy yo: don Homobono.

ESCENA III.

DICHOS *é* INOCENCIA.

Inoc. ¿Qué quiere usted?

D. Homob. Vengo á traerte la comida. Toma y échatelo todo al cuerpo, que estarás desmayada... Pero, por Dios, no bebas mucho vino; no vaya á subírsete á la cabeza... Este Jerez tiene ochenta años, y al vino le pasa lo contrario que al hombre, cuando llega á viejo: el hombre no puede tenerse en pié y el vino echa por tierra al más templado. Conque...—Pero, ¿no tomas la cesta?

Inoc. No señor. No quiero comer.

D. Homob. ¿Cómo qué?

INOC. No puedo.
D. HOMOB. Anda, tonta!
INOC. No, no! Mi hijo lleva ya más de cuatro horas sin tomar alimento, ¿y voy á tener valor?...
D. HOMOB. Es decir que he hecho un viaje en balde y me he expuesto á...—No! Pues, lo que es esto, te lo comes de grado ó por fuerza. (Acercándole el pollo á la cara.)
INOC. ¡Hijo mio!...
D. HOMOB. Toma, mujer!
INOC. Oigo su voz... Le siento llorar...
D. HOMOB. No seas niña!
INOC. Extiende hácia la puerta sus manecitas... Me busca... Y no me encuentra... Y tiene hambre... Y se morirá.
D. HOMOB. ¡Qué ha de morirse por no comer! Pues ¿cuántos niños no se han muerto de una indigestion?
INOC. (Llorando.) Jí, jí, jí.
D. HOMOB. (Dejando la cesta en el suelo.) ¡Voto á bríos!
CAND. (Acercándose al oir llorar á Inocencia.) ¿Qué es esto?
D. HOMOB. ¿Quién le ha dado á usted vela en este entierro? Vaya usted á su sitio.
CAND. ¿Por qué lloras, pichoncita mia? (A don Homobono.) ¿Qué le ha hecho usted?
D. HOMOB. ¿Yo! ¡Pues está bueno!...
INOC. (Saliendo.) Déjeme usted marchar...
D. HOMOB. ¿Cómo marchar!
INOC. Que me vean! ¿Qué importa eso com-

parado con el peligro de que mi hijo se muera de hambre!

D. Homob. Pero si eso es imposible.

Cand. (Volviendo á acercarse.) Imposible, nó.

D. Homob. ¿Tú tambien te pones de su parte?

Inoc. Déjeme usted marchar! (Queriendo salir: don Homobono la cierra el paso.)

D. Homob. Quieta aquí!

Cand. (Acercándose.) Pero...

D. Homob. (Empujándole.) Usted allá!

Inoc. Angel de mi vida! No me dejan ir á tu socorro... Te niegan lo que no se niega á las fieras!

Cand. (Acercándose.) Mire usted cómo llora!

D. Homob. (El mismo juego.) ¡Ya lo veo!

Inoc. A las fieras, no se las separa del seno de su madre!

Cand. (Volviendo.) Consuélela usted!

Inoc. Viva ó muerta, saldré de aquí!

D. Homob. ¡Eso, lo veremos! (Cogiéndola por un brazo.

Inoc. Cándido me acompañará, cueste lo que cueste... Antes que todo, es padre.

Cand. Dices bien! Ven conmigo! (Cogiéndola del otro.) Soy padre, soy padre!

D. Homob. Te la llevas?

Cand. Sí, señor...—Soy padre!

D. Homob. (Soltándola con rabia.) Bien! Pues llévatela con doscientos de á caballo. No podías hacerme un favor más grande! (Viendo que se dirigen al foro.)—Se marchan...

Sí... Y los van á ver...—Me alegraré! ¡Así pagarán su ingratitud! (Corriendo y poniéndoseles delante.)—Pero ¿se habían figurado ustedes que yo iba á dejarles marchar? De aquí no se sale!

CAND. ¡Apártese usted, señor don Homobono, ó...

D. HOMOB. Infames! ¿Así pagais lo que hago por vosotros! Os vais y me dejais en las astas del toro!...

CAND. (Deteniéndose.) Pero... si...

D. HOMOB. (Bajando al centro de la escena: ellos le siguen cogiéndole las vueltas.) ¡Tunantes! ¡Yo que iba á salvarlos!...

INOC. (Ap. á Cándido.) (Iba á salvarnos...)

CAND. Perdone usted. Nosotros haremos lo que usted nos mande.

D. HOMOB. ¡Habráse visto!

INOC. Obedeceremos á usted en todo.

CAND. No nos moveremos de aquí.

D. HOMOB. No, por mí, os podeis marchar cuando querais.—Idos, idos! Si yo lo que deseo es perderos de vista! (Rechazándolos.)

INOC. Usted es nuestro salvador!

D. HOMOB. No me venga usted con carantoñas. ¡Bonito genio tengo yo!

INOC. Don Homobono... (Cogiéndole la mano.) ¿Va usted á concederme una merced que tengo que pedirle?

D. HOMOB. ¿Merced?... (Ablandándose.) (Lo pide

con una humildad...) Y... sepamos: ¿qué es la merced?

Inoc. Una cosa.

D. Homob. Ya, pero ¿qué cosa?

Inoc. Una cosa muy fácil, muy fácil. Si usted me la concede, no me muevo de aquí.

D. Homob. Concedida.

Inoc. ¿Palabra?

D. Homob. Palabra de honor.

Cand. (¿Dónde irá á parar?)

D. Homob. ¿Qué quieres?

Inoc. Que me traiga usted el niño aquí.

D. Homob. ¡El niño aquí! ¡Un demonio!

Inoc. No? Pues me voy!

D. Homob. Para eso, te sacaría á tí!

Cand. Al niño puede usted traerlo bajo la capa, pero á Inocencia no puede usted sacarla de la misma manera.

Inoc. Y ha dado usted su palabra de honor.

D. Homob. ¿Mi palabra?

Cand. é Inoc. Su palabra.

D. Homob. ¿De honor?

Cand. é Inoc. De honor.

D. Homob. Pues... en ese caso, no tengo palabra, ni honor.

Cand. ¡Se está burlando de nosotros!

Inoc. ¡Se complace en vernos sufrir! (Llorando y separándose del ayo, como Cándido: aquél queda solo en medio de la escena.)

D. Homob. Pero... Cándido, hazla comprender...

CAND. (Volviéndole la espalda.) Déjeme usted!

D. HOMOB. Pero ¿cómo he de ir por él si no sé dónde está, ni...

INOC. Doña Jesusa tiene el niño.

CAND. Tome usted el sombrero y la capa.

INOC. Sí, que hará mucho frio.

D. HOMOB. ¡Gracias por la atencion!

INOC. Y si el niño coge un resfriado...

D. HOMOB. ¡Un millon de gracias! Si yo doy un estallido, tal dia hizo un año. (¿Cómo les diría yo que no me da la gana de ir?)

INOC. ¿No va usted?

CAND. Si no va usted pronto...

D. HOMOB. Voy! Voy! Voy! (Hablando consigo mismo, miéntras Cándido é Inocencia le contemplan con repetidas muestras de impaciencia.) Subiré la escalera como un cohete y llegaré con palmo y medio de lengua á la guardilla.—Trás! Trás! Trás! (Haciendo que llama y cambiando de voces.) — «Señora!»—«¿Quién es?» —«Un majadero.»—«Para servir á usted: ¿qué se le ofrece?»—«Que me dé usted un niño que ha venido al mundo para ser mi perdicion.»—«Ay! No señor; no puede ser.»—«¿Que no puede ser? ¡No me engañe usted, vecinita!»—«Hasta que no me délicencia su madre, no puedo entregarlo á una persona desconocida.»—«En eso hace usted muy bien, y no seré yo quien le lleve la

contraria. Muy felices tardes y hasta otro ratito.» (Al encontrarse con Cándido é Inocencia.) —Ea, ya estoy de vuelta: doña Jesusa no me quiere dar el niño sin permiso de su madre. (Va á dejar el sombrero y la capa, que ellos vuelven á ponerle á toda prisa empujándole hácia la puerta del foro: en este momento se oye la voz de D. Perpétuo.)

ESCENA IV.

DICHOS y D. PERPÉTUO, *que habla primero detrás de la puerta de la izquierda y sale despues por ella á escena.*

D. PERP. ¿Qué demonios tiene esta puerta? (Haciendo esfuerzos para abrir y moviendo el picaporte.)

D. HOMOB. Don Perpétuo! Ya se cansó de dormir.

INOC. ¡Ay! (Aturdida, corriendo de un lado á otro.)

D. PERP. ¿Quién anda ahí?

D. HOMOB. Soy yo... (Corre!) (A Cándido.)

D. PER. ¡Esta puerta no se abre!

D. HOMOB. No señor, no se abre... (Afortunadamente!—Pronto!) (A Inocencia, haciéndola entrar en la alcoba.)

D. PERP. Pero ¿por qué no se abre?

D. HOMOB. (A Cándido, que va á seguir á Inocencia.) (Con ella nó!) (Cándido se va por el foro.) No se abre porque...—¡Ay! (Al recordar que tiene la capa y el sombrero puestos y miéntras vuelve á dejarlos en el ropero.) porque... porque tiene el ~~pestillo~~ cerrojo echado.

D. PERP. Pues abra usted, hombre de Dios!

D. HOMOB. Aguarde usted, que... no lo encuentro...

D. PERP. ¿Qué no encuentra usted?

cerrojo D. HOMOB. El ~~pestillo~~, que se ha caido.

cerrojo D. PERP. Pues si se ha caido el ~~pestillo~~, ¿cómo no se abre la puerta?

D. HOMOB. (Este señor tiene más talento del necesario!) Dice usted bien; si está puesto! (La cesta se ha quedado fuera! Si la ve...)

ESCENA V.

D. HOMOBONO *y* D. PERPÉTUO.

D. PERP. ¿Por qué se había usted encerrado? ¿Qué significa el ridículo pretexto del ~~pestillo~~? Pero ¿no me escucha usted?

cerrojo

D. HOMOB. (Que no deja de dirigir furtivas miradas al sitio donde está la cesta.) Sí señor. Vaya!—¿Decía usted?

D. PERP. ¿Qué le pasa á usted? Parece que tiene usted azogue.—¿Qué mira usted con tanto recelo? ¿Qué hay en esta habitacion? (Andando hácia la derecha.)

D. HOMOB. (Vírgen de Atocha!) (Poniéndosele delante.) Nada...

D. PERP. Déjeme usted! (Desembarazándose de él; investigando la habitacion y volviendo.)

D. HOMOB. (Ahora va á ser ella.—Ya la vió! —Nó, no la ha visto. Respiro.)

D. Perp. Dígame usted, querido don Homobono... (Cogiéndole familiarmente del brazo.)

D. Homob. Mándeme usted, idolatrado don Perpétuo.

D. Perp. (Llevándole hácia la alcoba.) Dígame usted, ¿qué hace esta cestita colocada delante de la puerta?

D. Homob. (Ay! Ay! Ay!)

D. Perp. (Levantando el tono.) ¿Qué hace esta cestita? vuelvo á preguntar!

D. Homob. Esta cestita... Estorbar el paso. Deje usted, que voy... (Yendo á llevársela: don Perpétuo le detiene.)

D. Perp. (Cogiendo la cesta y examinándola.) Nó... dígame usted ántes... ¿Para quién es esta comida? ¿Se puede saber para quién?

D. Homob. (Hablando muy de prisa.) ¡Pues no ha de poderse! Vaya! Aquí no hay misterio ninguno. ¡Bonito soy yo para... Ahora mismo voy á decírselo á usted. Ahora mismo, en este momento, de pé á pá, sin que falte punto ni coma, cé por bé, *ad pedem literæ*. Ya verá usted, ya verá usted!

D. Perp. Lo que veo es que no dice usted nada.

D. Homob. ¿Que no digo?... ¿Y quién va á impedirme á mí que diga para quién es la comida que hay en esta cesta? Nádie! El hombre tiene su libre albedrío y...

D. Perp. ¿Para quién es esta comida!!

D. Homob. Esta comida...—Ah! Ya... Usted se refería á la comida que hay aquí dentro. Acabáramos! Pues esto, esto es...—Vaya un doblon á que no acierta usted para quién es esta comida. (Si él no me lo dice, yo soy incapaz de decírselo.)

D. Perp. (Despues de un momento, mirando fijamente á don Homobono.) Será... Vamos, ¿á que lo acierto?

D. Homob. A ver, á ver... (Muy complacido.)

D. Perp. Será... para el gatito que tenía usted encerrado esta mañana en su alcoba, eh?

D. Homob. Justo! para el gatito!—Para el gatito es... Pero ¿cómo lo ha adivinado usted, señor?

D. Perp. Conque es para el gatito?

D. Homob. Para el gatito... (Receloso.)

D. Perp. (Sacando sucesivamente de la cesta los objetos que marca el diálago.) ¿Y no le parece al señor don Homobono que medio pollo estaría mejor empleado en un bípedo racional que en un gato de Angola, blanco, ó negro, ó de todos los colores del arco íris? ¿No tendría este último bastante con dos cuartos de cordilla ó con las sobras de la gente de casa?

D. Homob. Yo... ¿Sabe usted?... Para que nos fuese tomando cariño y no se nos

escapára... Como los gatos son tan descastados...

D. Perp. Digo! Y Jerez! ¿Es tambien aficionado al Jerez el señor dón Zapiron?

D. Homob. Como es de Angola...

D. Perp. Y servilleta... Esto me gusta: al ménos se ve que es limpio y aseado.

D. Homob. Sí... de... Angola.

D. Perp. Y cuchillo, y tenedor...—Pero ¿no encuentra usted algo de extraño en todo esto?

D. Homob. (Buscando palabras.) Extraño... Entendámonos. Si usted considera como extraño lo que se ve rara vez en el mundo, no puedo negar que esto es, en efecto, sumamente extraño, pero si...—Porque, desengáñese usted, las cosas extrañas no son extrañas en sí mismas, sino extrañas á los ojos de aquel que tiene cierta propension á extrañarse de todo. Yo extraño que usted extrañe, usted extraña que no extrañe yo, y cualquiera extraña y extrañaría que extrañase...

D. Perp. ¡Pero usted cree que yo comulgo con ruedas de molino!

D. Homob. (Balbuceando.) ¿Y tiene... algo... de particular... que una persona de mis años... que come poco... sienta apetito á horas... extraordinarias... y por no

molestar á nádie... se traiga un piscolabis á su habitacion?

D. Perp. ¿Y por qué no ha dicho usted eso desde el principio?

D. Homob. Hombre... la verdad... porque no se me ha ocurrido hasta ahora.

D Perp. (Hum!... Fingiré creerle... le observaré y le cogeré en el garlito.) Pues, otra vez, cuando quiera usted algo, tómelo y deje en paz á ese pobre animal. Usted anda buscando tres piés al gato y tiene cuatro!

D. Homob. Sí?

D. Perp. Sí: de Angola, cuatro.—Me voy á despachar el correo. (Sale por la izquierda.)

D. Homob. Páselo usted bien... (Cuando ya se ha ido.) Que usted reviente!

ESCENA VI.

D. HOMOBONO.

Pero ¿cuándo concluiré yo de ser el paño de lágrimas de ese par de...— Vamos, si soy un asno! Y ahora... por el chiquillo! No sé cómo me las voy á componer. ¡A mi edad convertido en niñero... Y si al entrar en casa, le da la gana de llorar... ¡lo ahogo!... (Se va por el foro, despues de haberse puesto el sombrero y la capa, que habrá sacado del ropero miéntras hablaba.)

ESCENA VII.

D. PERPÉTUO, *asomando la cabeza por la puerta de la izquierda y entrando de puntillas en la escena.*

Se encasquetó el sombrero, se embozó en su capita y se largó á la calle. ¿Qué le pasa á este buen señor? Esta mañana daba diente con diente cuando le pedía que abriese la puerta, y no se tranquilizó hasta que desistí de mi empeño. Despues, cuando le encontré con doña Susana, estaba colorado como un pavo... Y ella tambien... ella tambien... Y aquella escena que me hicieron, pudo muy bien ser un recurso habilidoso... ¡Habrá algo escondido en la habitacion de don Homobono? Vamos á ver. (Se dirige á la puerta de la alcoba y alza el picaporte.) ¿Está echada la llave ó...—Juraría que forcejean por dentro... Voy á mirar por la cerradura...—No veo nada. (Aproximando el oido.) No oigo nada. (Volviendo al centro de la escena.) Nó, pues lo que es ahora, he de salir de la duda.—Hola! Ya vuelve el ayo.—Veamos á dónde se dirige. (Ocultándose detrás de una colgadura.)

ESCENA VIII.

D. PERPÉTUO, *escondido, y* D. HOMOBONO, *que entra muy embozado por el foro trayendo un niño bajo la capa.*

D. HOMOB. Ya está aquí el infante de Leon... Mi aspecto venerable bastó para que se me entregara el precioso depósito. Buen bromazo he corrido! ¿Qué son, comparados conmigo, Esplandianes y Amadises? Niños de teta como el que traigo debajo de la capa. Valiente tragaldabas! Al sacarlo de la cuna, tuve que arrullarle... Me tomó por su ama y el angelito rabiaba por mamar... Pedí caldo á la vecina, confeccioné un dedil con uno de mis guantes, lo llené de aquella alimenticia sustancia, se lo apliqué al chiquitin á los labios y... ¡ahaúm! lo recibió con tanta ánsia que, si me descuido, se traga el dedil y tiene una indigestion de cabritilla. Al fin se durmió y... Ay! Ya salimos del apuro. Fortuna ha sido que no me haya visto el estúpido de don Perpétuo.

D. PERP. (Que ha ido acercándoselo y en este momento le pone la mano sobre el hombro.) Servidor de usted, señor don Homobono.

D. HOMOB. Ah! señor don... (Retrocediendo y avan-

zando despues.) ¡Usted por acá todavía? Tánto bueno!... No sabe usted lo que me alegro de encontrarle!... Tenía que decirle...—Qué tenía yo que decirle á usted?—¿Usted se acuerda de lo que yo tenía que decirle?

D. Perp. (Este hombre ha perdido la chaveta. Sólo así se explica...)

D. Homob. Pues sí. (Y no se irá... Y yo no podré desembozarme, so pena de mostrar el contrabando.—Y si el angelito se despierta y rompe á llorar...) Pues...—¿Oye usted, don Perpétuo?

D. Perp. No...

D. Homob. Han llamado.

D. Perp. No he oido nada.

D. Homob. Sí. Han dicho:—«Don Perpétuo!»—«Don Perpétuo» han dicho... Estoy seguro... Vaya usted... Debe ser cosa de interes...

D. Perp. Ya voy, ya voy. (Con calma y sin moverse.) (Quiere alejarme.) Pero, dígame usted ántes: ¿qué manía es esa de estar embozado dentro de casa?

D. Homob. Calle usted! ¡Si hace un frio en la calle...

D. Perp. Sí, pero en casa...

D. Homob. Uf! En casa hace un calor insufrible! (Sofocado.)

D. Perp. Pues desembócese usted.

D. Homob. Nó, que se me va á cortar el sudor.

D. Perp. ¿Qué bulto trae usted debajo de la capa?

D. Homob. ¿Bulto?...—Nó... ¿Bulto?... (Mirándose.) Es que...—Ah! sí: es que he ido... ahí al lado á tomar rapé... y...

D. Perp. Rapé? Lo compra usted por arrobas? (Tentando.)

D. Homob. ¡Que lo va usted á despertar!

D. Perp. ¡A despertar!

D. Homob. (Maldita sea mi lengua!)

D. Perp. Pues ¿qué es eso?

D. Homob. Esto es...

D. Perp. A ver. (Descubriéndole.)

D. Homob. (Tiró el diablo de la manta.)

D. Perp. Esto es un niño! Usted trae un niño bajo la capa!

D. Homob. Pues ¿no dice que esto es un niño! (Sacándolo y volviéndolo á ocultar en seguida.) Usted ve visiones!

D. Perp. ¿De quién es este niño? Pronto! ¡Hable usted!

D. Homob. Cálmese usted.

D. Perp. ¡No admito disculpas! ¿Quién es el padre de este niño? ¿Calla usted... —Ah! Todo lo comprendo.

D. Homob. Pues... si lo comprende usted... hágase cargo...

D. Perp. Ese niño es de usted!

D. Homob. ¿Mio!

D. PERP. De usted!
D. HOMOB. ¡Señor don Perpétuo!
D. PERP. Qué escándalo! Qué abominacion! Un hombre de sus años en tales trapisondas. Ahora comprendo por qué defendía usted el amor y las mujeres!
D. HOMOB. El niño no es mio.
D. PERP. Pues ¿de quién es? Vamos! ¿De quién es?
D. HOMOB. Este niño es... de... de su padre.
D. PERP. Confiesa usted? ¿Y tiene usted la audacia de traer á mi casa el fruto de su crímen? Para profanar la mansion del órden y de la inocencia!
D. HOMOB. (Justo! de la *Inocencia!*)
D. PERP. ¡Salga usted de mi casa! Salga usted de mi casa!
D. HOMOB. Oigame usted.
D. PERP. ¡Salga usted de mi casa!
D. HOMOB. No escandalice usted, por Dios.
D. PERP. Fuera, fuera de aquí! (Gritando, pataleando y empujando á D. Homobono hácia el foro.)

ESCENA IX.

DICHOS; DOÑA SUSANA *y* CÁNDIDO, *que salen por distintas puertas.*

CÁND. ¿Qué es esto? (Quedando á un lado de la escena.)
D.ª SUS. ¿Qué pasa?
D. PERP. ¡Que don Homobono es un infame!

D.ª Sus. Un infame... ¿Él?... ¡No puede ser!

D. Perp. Ha seducido una mujer y tiene un hijo...

D.ª Sus. Una mujer... Un hijo!... Ay, que me da, que me da! (Cayendo desmayada en un sillon y haciendo movimientos convulsivos, golpeando á Cándido y á D. Homobono que acuden á socorrerla. Este la hace aire con las mantillas del niño.)

D. Homob. ¡Esta es otra! Atendamos á esta pobre mujer!

D. Perp. Esta mujer?... Ese desmayo al saber lo que usted ha hecho... La turbacion de usted y de ella cuando los hallé juntos esta mañana... Su enfermedad... —Ah! ya caigo! El niño es de usted y de doña Susana!

D. Homob. ¡Qué barbaridad!

Cánd. (No entiendo una palabra.)

D. Perp. El crímen ha tenido lugar en mi casa... En mi casa se reparará...—Usted va á casarse con doña Susana!

D. Homob. ¡Yo!...

D.ª Sus. (Volviendo en sí y levantándose.) (Ay! Ha dicho que se va á casar conmigo...)

Cánd. (Ya vuelve...)

D. Homob. (A doña Susana.) Por favor, señora, desengañe usted á don Perpétuo. Defiéndase usted... Defiéndame usted á mí!

Cand. (Si es Angelito!...)

D.ª Sus. Vas á ver (Ap. á D. Homobono.) lo que

puede en mí el amor, ingrato! infiel! Me sacrifico por tí y por este inocente.) Sí señor, el niño es mio! (A D. Perpétuo, con resolucion.)

D. Homob. ¡Diga usted que...

D.ª Sus. (Esta es la venganza que tomo de tí: así aman las mujeres como yo!) (Yéndose por el foro arrullando y besando al niño.) Ven conmigo, hermoso... Rorro... Ay, qué rico!

D. Homob. (Reparando en Cándido.) Tú aquí!... Y has tenido calma para ver... y no confesar...

D. Perp. ¡Fuera de aquí todo el mundo! No quiero ver á nádie! (Vánse, tambien por el foro, D. Homobono y Cándido, á quien aquél da varios pellizcos y torniscones.)

ESCENA X.

D. PERPÉTUO; *en seguida* INOCENCIA.

D. Perp. Bien sospechaba yo! Pero nunca pude imaginar una cosa semejante!—Voy ahora mismo á disponerlo todo. Voy por el cura y por el escribano y... lo caso; lo caso sin remedio...—Y le estará muy bien empleado: el que la hace, la paga! Pero si no tengo fuerzas... Si estoy sudando como un pollo! Me va á dar un soponcio! (Cayendo en un sillon, sacando un gran pañuelo de yerbas y enjugándose el sudor de la frente, de modo que tenga algunos momentos la cara cubierta.)

INOC. (Saliendo de puntillas, despues de haber mirado con precaucion.) Sí... es don Homobono...—Don Homobono, ¿qué ha pasado? ¿Y el niño?

D. PERP. ¡Eh! (Levantándose: Inocencia, al verle, da un grito y quiere escapar: él la coge del brazo y la trae á primer término.)

INOC. ¡Ay!

D. PERP. ¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Otra mujer! —Venga usted acá.

INOC. ¡Señor!...

D. PERP. Y esta es jóven... y guapa... y la trae á mi casa... y la encierra en su cuarto...

INOC. Déjeme usted marchar...

D. PERP. Cá, no señora!

INOC. Que me juzga usted mal: que no me conoce!

D. PERP. Ni quiero! Una mujer que consiente en encerrarse en el cuarto de un hombre soltero y de las costumbres de don Homobono, se da á conocer por sí misma!

INOC. (Mantengámosle en su error: la tranquilidad de Cándido lo exige.) Pero ¿qué se propone usted al detenerme...

D. PERP. Traer á la presencia de usted su amable tortolito y confundirle con mi indignacion.

INOC. Nó, por Dios. ¡No haga usted eso!

D. PERP. Le compadeces, desventurada! ¿Le quieres!

INOC. Sí... le quiero.

D. Perp. Vea usted! Una niña de veinte años perdidamente enamorada de un viejo setenton! Pero ¿cómo se las compone ese Sardanápalo para alborotarlas los cascos á todas!... ¿Usted... ¡Usted!... ¡Lo que puede el vicio!

ESCENA XI.

DICHOS y D. HOMOBONO, *por el foro.*

D. Homob. Voy á ver si esta chica...—¡Huy! (Al ver á D. Perpétuo y queriendo volverse: éste le trae hasta el centro de la escena.)

D. Perp. Venga usted acá. Mire usted lo que me he encontrado en su cuarto! ¿Era este el gato de Angola?

D. Homob. (Ya no hay más remedio que cantar de plano.)

Inoc. (¿Qué va á hacer ahora este santo varon?)

D. Homob. Oiga usted!

D. Perp. Quite usted de ahí! Tronera! Hipócrita! ¿No tenía usted bastante con una?

D. Homob. ¡Don Perpétuo!

D. Perp. ¿Me amenaza usted? A mí no me da usted miedo!

D. Homob. ¡Ni usted á mí tampoco!

D. Perp. ¡Usted me falta!

D. Homob. ¡Y usted me sobra!
D. Perp. Nos veremos las caras!
D. Homob. Por no ver la de usted, se puede dar dinero!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA SUSANA y CÁNDIDO.

D. Sus. (Con el niño en el brazo izquierdo y trayendo á Cándido de la mano.) Don Homobono aseguraba ántes que tú tienes la culpa de todo... Que él es inocente.... Confiesa, tunante!
Inoc. Ah! ¡Mi hijo! ¡Hijo mio! Al fin te encuentro! (Lanzándose á su hijo y arrebatándoselo á Doña Susana.)
D. Perp. Su hijo ha dicho!
D. Homob. Su hijo! Su hijo! Su hijo!
D. Perp. ¿Tiene usted otro hijo?
D. Homob. Yo! Pero.... hombre! ¡que no ha de tener nádie un hijo sin que me echen á mí la culpa!
Inoc. (Adelantándose.) Basta de farsas y valga la verdad. Este niño es el mismo de ántes; su padre no es don Homobono: la sangre que corre por sus venas es sangre de usted.
D. Perp. (Indignado.) ¡Sangre mia!
D. Homob. (Ahora le echan el muerto á él; bien va!)

D. Perp. ¿Se atreve usted á decir que yo...

D. Homob. De usted, de usted es.

D. Perp. ¡Don Homobono!

D. Homob. (Bueno es que cada uno lleve la carga un rato.)

Inoc. Este niño es hijo mio y de Cándido.

D. Perp. ¿De Cándido! De mi hijo!... ¡Imposible! Mi hijo tener un hijo... ¡Imposible!

D. Homob. (En realidad, quien lo ha tenido es ella.)

D. Perp. Ven acá, niño: desmiente á esta mujer. (Cogiéndole del brazo.)

Cánd. ¡Valor!) Esta mujer... es mi mujer. (Adelgazando la voz y escurriéndose.)

D. Perp. Tu mujer! ¡Qué oigo! (Paralizado por el asombro y la sorpresa.)

D. Homob. Sí, señor, están casados. (D. Perpétuo va á hablar y D. Homobono le tapa la boca con la mano.) Hombre, calle usted y no nos haga escenas de tragedia. Ya sabemos lo que ha de suceder. Usted se pondrá furioso y habrá aquello de: «Hijo ingrato, yo te maldigo!...»—«Papá, perdon!...»—«Papá suegro, tenga usted compasion de este pelele, que es un vivo retrato de su abuelo!»—Y usted se conmoverá, (Por D. Perpétuo.) y tú te conmoverás, (Por Inocencio,) y aquel se conmoverá, (Por Cándido.) y todos nos conmoveremos... y se acabará la funcion. (D. Perpétuo intenta volver

á hablar apénas le deja libre D. Homobono; éste torna á impedírselo y dice, dirigiéndose á los demas interlocutores primero y al público despues:)

No dejarle ~~Gritad! Chillad~~ por favor,
que va á hablar este señor...
—Dad un aplauso nutrido
vosotros, que ese ruido
es el que suena mejor.

FIN DEL JUGUETE.